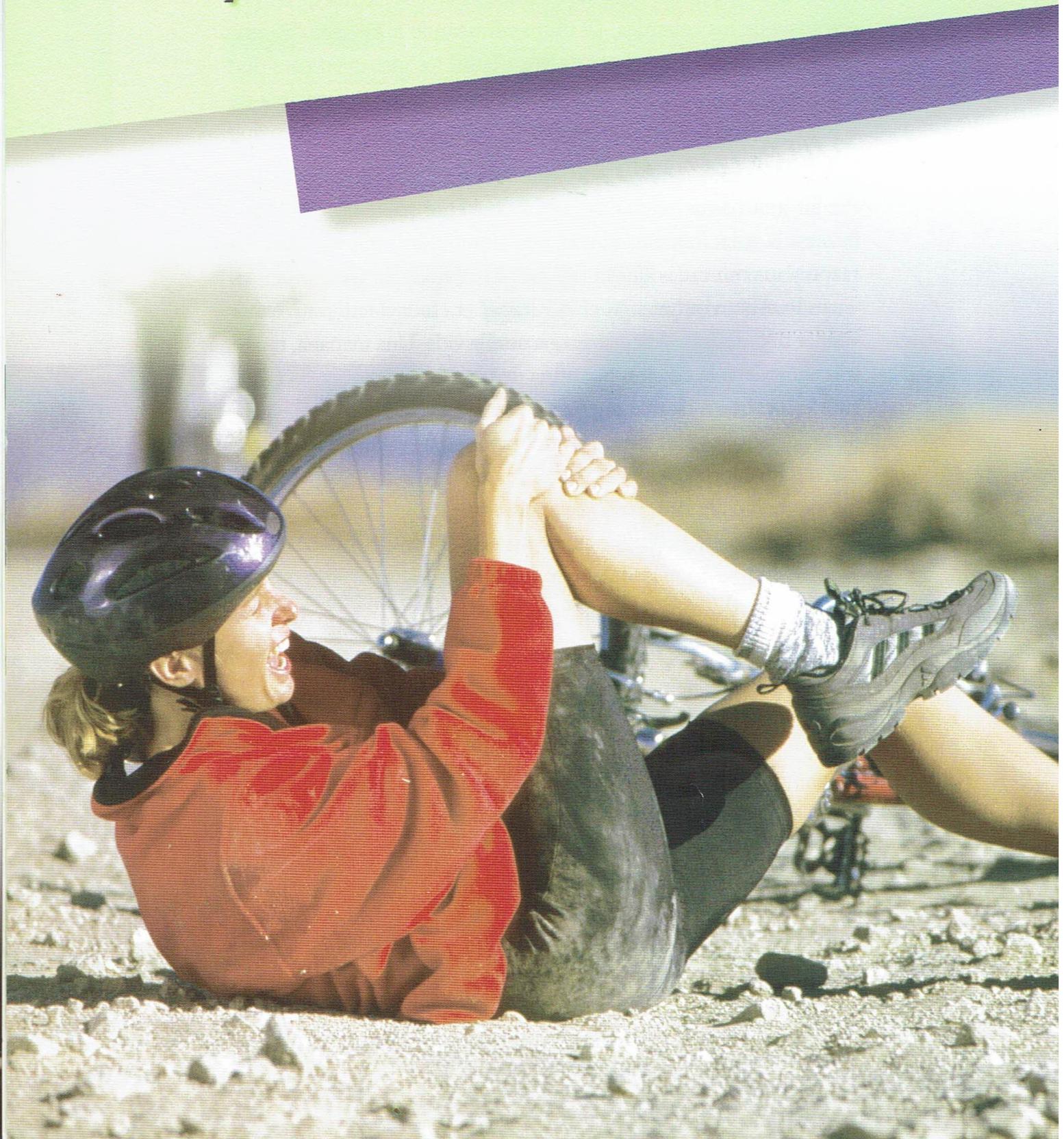


# Lo que enseña el dolor



# Carta 3

## Querida hija... Querido hijo...

Entre los **interrogantes** que torturan sin piedad al ser humano, entre las preguntas que se levantan en la mente del hombre con tremenda insistencia, hallamos estas u otras parecidas: **¿Por qué debo sufrir tanto? ¿Por qué el sufrimiento parece ensañarse conmigo continuamente?** Estos "porqués", y otros similares, **atenazan** con demasiada frecuencia el corazón del hombre. ¿Te verás tú también frente a ellos algún día? No te lo deseo. Pero me anticipo a esa posibilidad porque **el dolor es el pan diario del ser humano**, pan amasado con enfermedades, problemas, **ingraticudes**, fracasos y lágrimas. Muy a menudo el ser humano llega al punto en que siente que no puede resistir más.

Y bien, preguntémonos tú y yo: **El problema del dolor, ¿tiene alguna solución? ¿Qué podemos hacer para evitar el dolor, o por lo menos, para reducirlo en todo lo posible?** Lo cierto es que en gran parte la solución de ese penoso problema está en nuestras manos. En primer lugar, hijo mío, cuando el sufrimiento llame a tu puerta **debes analizar con honradez** los motivos por los cuales sufres. Lo más común, y lo más humano, es buscar en los demás la explicación de nuestros sufrimientos. Resulta muy cómodo suponer que **son los otros quienes provocan las condiciones** que producen tanto dolor en nosotros. Por lo general, la ofensa, o la presunta ofensa, de los demás, nos

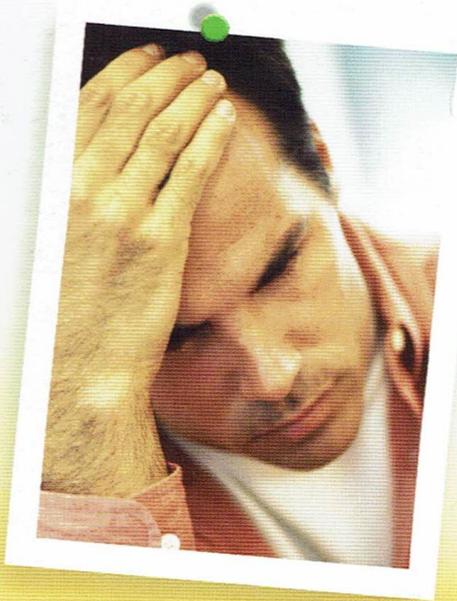


hiere y nos lastima en la misma proporción en que hayamos desarrollado nuestra **susceptibilidad** y nuestra capacidad de ofendernos. Se nos hiere en la medida en que damos lugar a la manifestación de nuestro amor propio. Claro está, en estas condiciones se sufre enormemente. En este caso, **la cura de nuestro sufrimiento debe comenzar dentro de nosotros** mismos. Si te encuentras en esa situación, elimina de tu carácter aquellas cosas que hacen a tu amor propio ser sensible hasta la **anormalidad**. Reconoce que nuestra actitud hacia nuestros semejantes se refleja sobre nosotros mismos.

Cuando pienses que los demás están contra ti, automáticamente, y sin que lo desees ni lo notes tal vez, tu actitud hacia ellos será reflejo increíblemente exacto de tu estado de ánimo. El problema irá ahondándose y haciéndose cada vez más difícil. En este caso debes

proceder a la **cura mental**, con la ayuda del Todopoderoso. Habla con las personas con quienes tengas dificultades y hazlo con **franqueza**, con amor, con tolerancia, con buena voluntad, con sinceridad. Si te fuera necesario pedir perdón, hazlo. Verás cómo todo cambia y las cosas adquieren su **debida proporción**. Lo que antes parecía enorme se reduce a su tamaño natural.

Sin embargo, hay otra clase de sufrimiento. Es, hijo mío, el que nosotros no provocamos. Es aquel del





cual no nos cabe la total responsabilidad. Ahí tienes, por ejemplo, el caso de José en la antigüedad. ¡Cuán dolorosa fue su odisea! ¡Aquel niño mimado estuvo a punto de ser asesinado por sus hermanos, que al fin optaron por venderlo como esclavo! ¡Esclavo, hijo mío! ¿Entiendes lo que es eso? Para sus dueños, José dejó de ser un ser humano para convertirse en algo vendible y comprable. Vino a ser simplemente “una cosa” que valía tanto como pagaran por ella. Así llegó a Egipto, país extraño para él, en donde poco después la infamia y la calumnia lo arrojaron a una cárcel. Cuando el dolor te hiera, no te amilanes, no te rebeles. Compara lo que sufres con lo que sufrieron otros, con lo que sufrió José, y verás que todavía hay esperanza. Cuando la larga tormenta que azotó la vida de José pasó acrisolándolo y fortaleciéndolo, llegó a ser el gran José, cuyo ejemplo hace sentir su influencia todavía hoy.

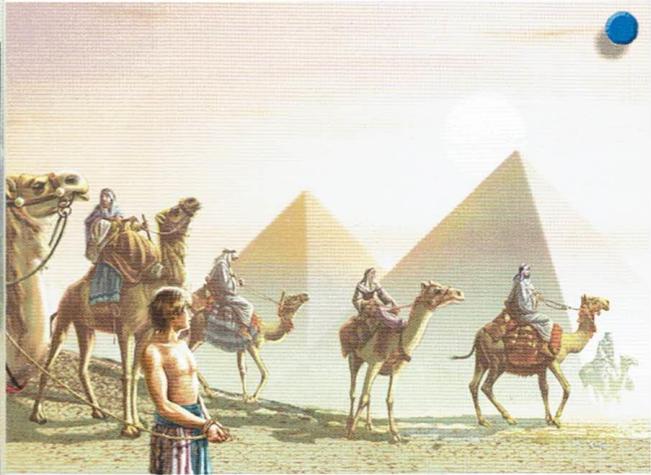
El sufrimiento puede tener en muchos casos un resultado positivo. Es una especie de fuego que sirve para refinar, como el crisol refina los metales. Es algo que le concede temple a la vida, contribuyendo a dominar el orgullo, el amor propio y el egoísmo.

El sufrimiento nos enseña a confiar en Dios y elimina nuestra indiferencia hacia todo lo que es puro y elevado. El sufrimiento purifica nuestro carácter del torpe orgullo de nuestra superioridad. También lo purifica del orgullo de nuestra espiritualidad. Porque, cosa absurda, podemos



caer en el pecado de idolatrar nuestra propia bondad y nuestros propios méritos.

El sufrimiento debe inducirnos a interesarnos en los problemas y necesidades ajenos. Debe ayudarnos a ser menos duros con los demás, más tolerantes con las actitudes y con las ideas que no concuerdan con las nuestras. Sobre todo, debe enseñarnos que al que ama a Dios todas las cosas le son para bien, aun las que duelen mucho. Llevemos, pues, sin quejas, la cruz de nuestra lucha y de nuestro dolor.



Recuerda aquella vieja leyenda según la cual un hombre recorría el camino de la vida llevando una pesada cruz de hierro. Una noche oró a Dios con todo fervor para que su cruz le fuera quitada y sustituida por otra de rosas. Le parecía que sería mucho más agradable llevar una cruz de rosas en lugar de la de hierro. Reconocía que debía llevar alguna cruz porque, al fin y al cabo, todo ser humano debe cargar con una, pero ¿por qué no de rosas? Al despertar a la mañana siguiente encontró

una cruz de rosas afirmada a su espalda, de manera que empezó el camino de ese día animado y contento. ¡Cuánto más agradable era la fragancia de las flores que el peso del hierro! Sin embargo, pronto comprendió que las rosas tenían espinas. Antes de haber avanzado mucho estas comenzaron a clavarse sin misericordia en su carne. Antes de llegar la noche, la sangre manaba abundantemente de su



cuerpo en todo lugar donde se le habían clavado las espinas. Como no le fue posible avanzar más con su carga tan penosa oró de nuevo y dijo: “Oh Dios, veo que no puedo llevar la cruz de rosas. Es todavía peor que la de hierro, pero permite que en tu infinita misericordia reciba una cruz de oro y te aseguro que seré feliz con ella”. Cuando se levantó a la mañana siguiente, halló que también esta vez su oración había sido contestada. De manera que emprendió encantado el camino del día, llevando sobre su espalda una resplandeciente cruz de oro. Pero antes de haber andado mucho rato, se vio rodeado de ladrones que lo asaltaron y lo hirieron. Le robaron su cruz de oro y lo dejaron como muerto junto al camino. Horas después, cuando volvió en sí, balbuceó una oración: “Padre misericordioso, devuélveme la cruz de hierro. Ahora comprendo que es la única que puedo llevar”. ¿Entiendes la enseñanza que hay en esta leyenda?

No te quejes nunca de tus sufrimientos. No pierdas el tiempo compadeciéndote de ti mismo. El que lo hace revela falta de madurez. Por otra parte, la queja no es el remedio para el dolor. Aceptemos nuestras cargas con espíritu digno, con humildad, sin rebeldías, sin caer en el error de pensar que sufrimos más que los demás. Lo que ocurre es que a veces los demás no exhiben sus sufrimientos como lo hacemos nosotros. Saben sufrir, rodean su dolor de un ambiente de dignidad que lo aristocratiza. Recuerda que Sócrates decía: “Si los infortunios de toda la humanidad se pusieran en un solo montón y cada uno tuviera que tomar



una porción igual, la mayoría de la gente se conformaría con tomar sus **infortunios** propios y marcharse”.

También el caso de aquel soldado que hacía catorce días que estaba solo en su habitación del hospital. Había sufrido una grave **intervención quirúrgica**. Estaba compadeciéndose de sí mismo cuando llamaron a la puerta y alguien entró, apoyándose en un par de muletas y arrastrando un pie. Miró con detenimiento la habitación y luego, al darse la vuelta, dijo: “Perdóneme, he sido muy descortés.

Me he dejado llevar por mis recuerdos. Me hirieron en **Francia** y pasé cinco años **recluido** en esta misma habitación, con pocas esperanzas de dejarla jamás. Pero ahora —declaró con fiadad—, **ya estoy casi bien, ¡¡gracias a Dios!**”.

Cuando el ruido que hacían las **muletas** dejó de oírse en el pasillo, el soldado que hacía solo catorce días que estaba en aquella habitación tenía lágrimas en los ojos. Había comprendido que sus dolores y sufrimientos eran algo **pequeño** al compararlos con los de aquel **optimista** que acababa de salir.



Hija mía... hijo mío, recuerda que el sufrimiento puede acercarte al corazón de tu prójimo y puede, de igual forma, acercarte a Dios.

Aprende a decir con el poeta:

*Si el sufrimiento duro y penoso ha de servirme para ir a ti,  
si los desprecios han de enseñarme que en ti tan solo debo vivir,  
si tú has querido que lllore tanto para que busque consuelo en ti,  
si cuanto quieres es todo bueno y tú has querido tomarme así,  
¡vengan las penas y los pesares! ¡Jesús divino, quiero sufrir!*

